

en sus ojos brilla la satisfacción del trabajo bien hecho. Yo no comprendía después de haber leído y releído tu obra, pues buen tiempo la tuve en mi poder, cómo dejaste la «arena» y te fuiste con el público a los tendidos de sol, y a nosotros, los «maletillas» de esta lidia, nos dejaste solos frente a la fiera.

Cual fue mi alegría cuando te vi bajar casi un lustro ha, pelado, aunque sin coleta aún, pero sí luciendo tu «capote de paseo» y me dije en la compañía de mi soledad que es cuando acostumbro a hablar anchamente de mis cosas: ¡Enhorabuena! A veces, el «magister» escucha las rabietas del «discipulus». ¡Fue una lástima! pues al pasar el examen electoral quedaste éso, como uno más, retratado en la foto del colegio. Ahora hará un semestre, te dejaste deslizar de nuevo desde la pendiente de tu colina a la bulluciosa grey de las llanuras e intentar soportar el peso de la cargada atmósfera que nos envolvía, acusándonos a los que de aquí nunca nos movimos, que llevábamos todo el tiempo sin enterarnos que estábamos dentro. Claro, fue comprensible tu intervención, como tú te fuiste a los «tendidos de sol» desde donde la «masa» o aplaude o tira almohadillas a los que se la juegan todas en la

faena, es normal que aún vinieses impregnado de tales miasmas y créeme, de verdad, querido Manolo, eso en tí es grave pues tú, un pensador como eres, puedes explicarle al herrero, vuelvo a la comparación, como se le da al fuelle, cuando te pases el torso de la mano por la frente para quitarte el sudor y la saliva que estampes en el suelo sea tan negra como la carbonilla que has tragado.

Ahora has emprendido una nueva aventura como el Hidalgo Manchego. Quieres escribir un libro, ¿plantaste un árbol o simplemente lo haces por aquello de que otros antes ya te precedieron? Sí, te estoy hablando de Julio Cortázar, de Camilo José Cela, de Goytisolo que por cierto, este último, como tú, se fue al sur, a los Campos de Níjar-Almería y describió con sol, miseria y lágrimas lo que sus ojos vieron y su cuerpo sintió.

Pienso Manolo, que estos diestros de la pluma, aparte de ir con un nombre, llevan el mono sucio y callos en los dedos de horas y horas que habían pasado sudando la tinta con la que escribían.

Recuerdo como en una de tus crónicas decías, concretamente desde la comarca del Penedès, cuando citaste a Machado: «Camínante no hay camino, se hace camino al

andar». Mas yo te digo: ¡Manolo!, levántate, despierta y anda. Anda ahora que has comenzado, no te pares y quítate las sandalias para que de las rosas del camino sientas hasta sus espinas, porque así, sólo así, cuando se llega al cansancio soñoliento que produce el agotamiento de la lucha, no puedan enviarte de nuevo a los brazos de Morfeo el seductor perfume de sus pétalos y puedan despertarte los reales y dolorosos pinchazos que también producen.

No te estoy pidiendo con ésto que entonces el «mea culpa», no soy quien para hacerlo, ni que te cortes las venas como tu paisano Séneca, además, ésto último en ti no hace falta, pues a diferencia de Él, sólo pasaste de puntillas por la política y tal vez sus puntiagudos sinsabores no te dejaron asentar las posaderas. Pero lo que sí te pido y en ésto sí que me atrevo, es que a partir de esta andadura levantes tu pluma al viento y cargues tu voz de copla como los «jarrieros» de Córdoba y podamos deleitarnos con lo que de veras sé que puedes llegar a hacer. Que los personajes de la «Historia de una patata» vuelvan a aplaudir a su creador; y puedan recorrer los escenarios ansiosos de obras.

Recibe un cordial abrazo

